

Andaíes

César Bisso



edita:
ANANGA RANGA
Taller

andares

César Bisso



Ananga Ranga

2019

Bisso, César
Andares / César Bisso. - 1a ed. - Corrientes : Ananga
Ranga, 2019.
72 p. ; 21 x 15 cm.
ISBN 978-987-86-2628-4 1.
Poesía Argentina. I. Título. CDD A861

César Bisso, Andares.

Ed. Ananga Ranga. Corrientes, 2019.

Prólogo Tony Zalazar

Ilustración de portada: Ricardo Eigler

Diseño y diagramación: Juan José Zalazar

elclick_msn@hotmail.com

PRÓLOGO

Una vuelta por Andares

Era hermoso volver/ con el mapa del día/ dibujado en la piel.

Fabio Morábito

La poesía no se explica. La poesía se implica -y con rebeldía replica- en los dilemas del hombre. Abre preguntas decisivas y no cesa en su convicción de inquirir; de querer quitarnos la calma para inquietarnos el alma, hasta movernos y vernos conmovidos frente las paradojas de la vida. *El poema es culpable porque no sabe ser inocente*, afirma César. Y es cierto, ninguna obra que trascienda los tiempos es inocente. En todo gran poema hay una intención (estética) que ordena su potencia y lo proyecta al diálogo fecundo con las nuevas y antiguas generaciones. La poesía es núcleo y a la vez, es la energía vital que recubre y embellece esta voluntad de estar en el mundo, de transitarlo y protegerlo con carne y palabra.

Del saber, de la inocencia y del compromiso que implica la escritura nos habla César en la primera sección de Andares. Ya desde el inicio el poeta define su posición ante la vida y clarifica su visión comprometida del oficio: el que escribe sabe de las injusticias y del dolor y, aunque

celebre las lindezas dadas, no puede desentenderse de lo que nos afecta.

Se trata de no callar ante la *Hipocresía, codicia, infamia. El canto maldito* que nos repite y repite el sistema sin cesar. Mas César advierte: *Y nos volveremos obsecuentes por tener miedo, / bárbaros por no explicar lo que sabemos, / impíos por alzar la venerable copa del asombro.* El poeta es consciente de las miserias, pero también sabe del misterio, del poder y de la magia de la palabra. *Lo que la poesía dice el poeta nunca lo sabrá.* Y aun así, en ese campo de incertidumbre, el poeta se torna guerrero irreverente y busca una palabra para el desencanto, porque sabe que *El misterio corre ciego tras el verbo.* Por esto blande la palabra. Tantea e intenta el arte de la inminencia; acercar lo lejano, alzar del detalle el concepto, tocar lo universal, oler la partícula del todo, degustar lo que hay detrás de cada sentido, de cada idea... en fin, hacer más nítida y asombrosa la experiencia de sentir y pensar nuestro tránsito en la tierra.

En este andar poético *La hechicería está a punto de revelarse.* Y *Para ver, cerraba los ojos* cuenta César, baqueano de la poesía y conocedor de los barrios aledaños que la alumbran (sociología, historia, filosofía, religión, entre otros). Con estos saberes se pregunta *¿La historia dice? ¿La memoria calla?* Y se revela un designio: *la historia no dice, la memoria habla.* Asume entonces que la palabra poética es el mejor reactivo para encender la memoria –para inscribirla en el alma y hacerla hablar de manera más auténtica-, y configura con ella un testimonio

amplio y fértil en el que conviven varias tradiciones (la épica griega, el existencialismo, el minimalismo lírico, la mirada realista, etc.) y nos invita a recorrerlo con detenimiento y gratitud.

Y con esta memoria generosa, sin ignorar que *Lo eterno es artificio de los dioses*, busca abrir un refugio ante la muerte, ante los bárbaros que *excavan la tumba de la muerte*. Una memoria vital, entrañable y justa en la que la mujer resulta destinataria y fuente de amor y cuidados. Una memoria construida con letra dura –literatura resistente– como una morada cierta en busca de *La infancia que perdura/ y que toca la puerta del milagro*. El milagro de situarnos en la tierra, recibir su identidad y decir soy de acá.

Si la verdadera patria del hombre es la infancia, como dice Rilke, la Coronda luminosa y silvestre sería la nación de César. Sin embargo, por llevar bien puestos los ojos de poeta y por mirar con amor la existencia, cualquier sitio le ofrece bellezas, luchas y hechizos para habitar e integrarse naturalmente a su hábitat, para constituirse en un ciudadano más del pueblo, pese a estar de cruce. El poeta llama a cada puerta de la memoria, y muchas veces lo atiende su infancia para que se vuelva patria el lugar que visita. Preservar esa mirada inocente y reveladora es el don y el propósito del poeta, del que ama *lo que es y sigue siendo*.

La segunda sección del poemario abre con una mujer que tiene la misión de cuidar al poeta, enfermo de

amor. En esta parte del libro César nos habla de los artistas que lo conmueven, en su mayoría poetas latinoamericanos. Y despliega los gestos y gestas finales de estos artistas ante la muerte. Poetas como Reynaldo Uribe, Juan Gelman, Emilio Pacheco, Ledo Ivo, Rubén Vela, Vicente Huidobro, Olga Orozco y músicos como Jorge Cafrune y Nina Simone son vistos en la partida honrando la vida... Otros referentes universales que dan su luz ante el apagón de la muerte son Li Po, Robert Graves y Charles Chaplin. También se lo homenajea al poeta turco Adnan Özer, gran defensor de la poesía y de los derechos de sus hermanos.

Todos artistas movidos por la pasión política, y algunos removidos violentamente de su patria. Poetas que emprenden viajes, exilios, y se preguntan *¿Y cómo regreso a casa? ¿Cuál es la boletería?* Poetas al borde del misterio que reclaman *¿Pero quién descifra el milagro de la tierra?* Sacerdotisas combativas que bendicen los caminos con lluvia y levantan canciones inolvidables. Poetas que ponen oído en los *Gemidos de voces andariegas que nadie escucha*, en la odisea de reconocerse en los otros.

De verlos y admirarlos surge una certeza: *Nadie se va para siempre. Y menos si Han cumplido la promesa de tributar su rebeldía ante la barbarie*, nos señala César.

En la tercera sección, el poeta nos permite recorrer el interior del interior, pueblitos poco visitados nos reciben con relinchos epifánicos, seres de silencio amable, ríos, montañas y la naturaleza pura y esplendente de recuerdos. *Dios hurga rincones de la memoria, / siembra pasión y pena en sábanas y manteles*. Y en esos rincones

también se mueve el poeta: Vivoratá, Luyaba, Tilcara, Villa Giardino, Loreto, Talampaya, Artá... anda por estos sitios y lee el memorial de los anónimos. Desata en preguntas la lírica del recuerdo, y en la bitácora del corazón asienta: *No hay espacio ni rastro para el tiempo*. Todo es acontecer en esos destinos, memoria que se motiva en la comunión de las emociones. Y así se va forjando la cartografía de la piel, la geografía espiritual en que se entra por las venas de los caminos y por los versos soleados del poeta trashumante.

El destino está en andar. Ya la madre pitonisa le vaticinó: *El milagro está sujeto a los pies*. Y andando –escribiendo con los pies- va haciendo rebrotar el milagro de entenderse: *Lo único que me salva es el camino./ Ir siempre por él, a contraviento de la adversidad./ Algún día llegaré a la ciudad que no existe*. Es así como César nos lleva, no por las grandes autopistas de los centros turísticos, sino por las huellas frescas de la utopía. Sabe, como el cineasta santafesino Fernando Birri, que “La utopía está en el horizonte. Que él camina dos pasos, y ella se aleja dos pasos, y el horizonte se corre diez pasos más allá. Sabe que la utopía sirve para eso, la utopía sirve para caminar.” Y en el camino está el sentido, están las tribus yanomamis, ticunas, korubos, está el Pirarucú, el gran pez sudamericano en peligro de extinción, están los trenes de España, las pequeñas barcas, los perros de la memoria. Está todo lo que hace original y genuino a su periplo; a su libro que se siente y entiende como el amplio mapa de un pueblo habitado por muchos libros, muchos caminos, muchos seres memorables y a la vez muchos pueblos. Esto es Andares, la utopía del regreso y del encuentro entre almas de todos los tiempos. El libro nos ofrece la memoria rebelde e itinerante ante el sedentarismo que con miedos

–propagados por los medios- nos petrifica en la barbarie, nos enreda con artificios tecnológicos y nos mantiene automáticos en la comodidad del hogar.

El libro modestamente parece decirnos: esto es lo que aprendí (primera parte). Ellos me lo enseñaron (segunda parte). Y con ellos lo compartí (tercera parte). Y en su totalidad nos enseña que la mejor escuela es el viaje.

Tony Zalazar

Nado con las dos manos amarradas.

José Lezama Lima

La culpa

El poema es culpable porque vive al desamparo,
se acalambra de hambre, delira con el frío.

Es culpable porque nos quita el antifaz,
escupe las sábanas de los impostores,
orina sobre los oráculos.

Es culpable porque muda el rumbo de la noche,
se emborracha de miedo,
sustrae a la hiena la carroña de la boca,
conserva la última moneda,
anda desnudo por el inframundo.

Es culpable porque asesina un adjetivo
y reprende al verbo del delito.
Repara con su voz todo aquello que enmudece.

El poema es culpable porque no sabe ser inocente.

Otro camino

Lo que la poesía dice el poeta nunca lo sabrá.
Simulan ir por la misma senda. Pero no.
El poeta responde la pregunta de los otros.
La poesía habla para sí. Es su propio espejo.
El poeta celebra la vida cada mañana,
quiere sujetar al mundo con un puño.
La poesía va desnuda,
en ella el hoy es para siempre.
El poeta vislumbra el rumbo de la pasión,
la sangre derramada en cada batalla.
La poesía no lastima.
El poeta abre los ojos de la conciencia.
La poesía ve más allá. Gobierna la palabra.

Presagio del guerrero

Antes de la batalla, preso de somnolencia
te vuelves enemigo de ti mismo,
susurras palabras imprecisas,
vibras con la fuerza de un tambor.

Has ingresado a la región del sueño
en busca de ese animal invisible
que nunca podrás vencer.

Entonces vuelves desnudo al poema,
quebrado por dentro, ya sin furor.

Y buscas una palabra para el desencanto.

Hechicería

Quien ingresa desnudo a la casa de Albina,
seguramente retorna del infierno más bello
por la calle de la locura y los pies sangrados.

Ha deseado que se abra otra puerta
y un pandero de luz repique los oídos.
Intuye que un papel vuele de la hoguera
con palabras de la diosa,
hasta que la mano estalle como un talismán
en medio de ángeles caídos.

Resiste hasta el último aliento,
clavado en las puntas de su propia cruz.
Ya prestó atención al susurro de las musas,
lavó su herida en una pócima de sal.

El misterio corre ciego tras el verbo.
La hechicería está a punto de revelarse.

El poema queda huérfano antes del amanecer.

a Rafael Felipe Oteriño

La vuelta

Soy el país oscuro, remoto.
Estuve aferrado al silencio,
la vigilia tortuosa y plural.

Para ver, cerraba los ojos.

Lo relativo era minúsculo.
La certeza, trivial.
Lo cotidiano, un viaje infinito.

Cuando vi luz hallé tu nombre.

El profeta

Desde siempre recorre ciudades del mundo.
Observa distante cómo el reino humano
desvanece ante los torpes giros de justicia.

Sabe: nadie avala el derecho de los infelices.
Tampoco cree que la fuerza del Poder
restituya el instante de liberación,
que la vida concede a quienes se inmolan
por una causa justa.

Medita sobre los actos innobles
que los hombres acumularon en todos
los territorios y los siglos.

¿Víctimas o verdugos? reflexiona.
¿La historia dice? ¿La memoria calla?
Sabe: la historia no dice, la memoria habla.

Todas las ciudades armonizan con la muerte.

Mi Otro

Nada concluye, menos la locura.
Guardas la lluvia en tus manos. Encadenado,
alzas el pan y lo trozas en partículas de odio.
Multiplicas la sinrazón, asumes la rutina del hospicio,
la prisión de quien no quiere oír,
mendigo del espanto, gota de niebla que cae
por peldaños de olvido. Así transcurre la vida.
Y detrás del muro, yo, anestesiado, ciego.
¿Puedes acaso regresar? ¿Puedo regresarte,
hacerte feliz, comprender tu deseo de amar,
explicar que alguna vez volverás a cruzar el muro
y nadar en el río de la sensatez?
No te das cuenta. Resulta imposible alcanzar la luz.
Me cuesta decir que lo bestial también gobierna.
Y que la libertad es solo un atributo de la muerte.

Simulacro

Halagar el perfume y no la piel
es negar la belleza de la hechura.

Abrigar la razón del necio
es cubrir la luz, atizar el fuego.

Cuando esto sucede
se ama y odia de igual manera.

Entonces, transmuta la suerte
y el asesino se reencarna
en otra piel que ya no perfuma.

Bárbaros

¿Qué significa para ellos la gloria,
el juicio de la luz, el arrojó del alma?
¿Celebran la resurrección de las cenizas?
¿El rayo y la lluvia suplen la evidencia del cielo?
¿Y cómo advierten la impertinencia del amor?

Rehúsan todo aquello que no puede herir.
Excavan la tumba de la muerte.

Estado de ánimo

Ah la lluvia de marzo...

Borra nombres, huellas,
rememora calendarios,
exalta viejas dolencias.
Guarnece a los cobardes.

Esta lluvia sin tiempo
debilita la pira,
apacigua tempestades,
desala el fondo del mar,
inmola dioses y relatos.

Vivifica la historia
mientras mece la cuna
de la infamia.

Lava hojas, cadáveres...

Pro et contra

Antígona busca el puro albor,
que su instinto relumbre más allá
donde la mirada de Creonte no alcance.

Intuye desde la piel. Nadie puede dar
el bien que una mujer desea.
Conoce lo que ningún hombre sabe.

Antígona revela su último desgarró.
Ingresa a la noche de la furia,
al fondo del hombre que oscurece.

Y libra la batalla menos injusta.

Desnuda, ciega, impotente,
despoja de luz la casa del amor.

Lo eterno es artilugio de los dioses.

Lo incierto

Lo verás, compañera. Así de ingrato es el amor.

No podemos inventar una vida nueva.
Alguien insinuará que fuimos cómplices
cuando reinaba el aire de la sabiduría.
Y nos delatará. Nos llamará traidores
al relato de la indecencia.
Entonces seremos victimarios por callar.
Y nos volveremos obsecuentes por tener miedo,
bárbaros por no explicar lo que sabemos,
impíos por alzar la venerable copa del asombro.

No habrá mayor calvario para nuestro juicio,
que haberlo perdido
en un partido de naipes entre ciegos.

Y no conocerá indulto la derrota.

Voy con ella

*Tu amor se parece demasiado
al temor de no ser amada.*

Alfredo Zitarrosa

A veces recuerdo tus primeros pasos.
Deambulan por los senderos de Parque Lezama.
Suben presurosos a la calesita.
Se detienen frente al perro que ladra a su dueño.
Y vuelven a levar, sin prisa, como hojas tardías.

El tiempo ha trasmutado en búsqueda esos pasos.
Testigos de un país que no puedes comprender.
Con la suave cadencia que viajan los camalotes
ellos te llevan hoy por arenas movedizas,
impulsada por el sueño, aturdida por la ficción.

Hipocresía, codicia, infamia. El canto maldito.
Intuyo que tus pasos se tornan vacilantes.
Recorren la ciudad, alcanzan tu leve sombra.
Quieren saber por qué la vida te convierte
en un libro leído al revés,
donde culmina el arte de hablar, de pensar.
Y las páginas quedan vacías, sin sentido.
Frente al espejo, poco importa la historia.
Como tú, esos pasos aún no saben estar solos.

a Gigi

Identidad

Nuestros cuerpos
no andan
uno junto al otro.
Tampoco chocan
entre sí.
Amorosamente
han forjado
un solo cuerpo
donde dos almas
conviven
sin que otros cuerpos
pesen sobre ellas.

Por ti

Amo lo que fue y no ha sido.
Las palabras y el silencio.
Estar donde habla el agua
y ver más allá de la maleza.
La infancia que perdura
y toca la puerta del milagro.
El pez que huye de la red
y nada contra la fuerza del río.
César Vallejo y su dios,
desamparado y enfermo.
La voz de Caetano, encadenada
al vuelo de una garza mora.
Las bellas criaturas de Chagall
que todavía sostienen el cielo.

Nuestra hija, donante de gracia.
Y un gato, sereno y memorioso.

Y tú,
compañera de la fe,
que crees en la bondad

y rezas callada por nosotros
y pides más vida, menos dolor.

Amo lo que es y sigue siendo.

a Analía

Ya no sé si me voy o si un mundo me deja.
Amelia Biagioni

La misión

Te has llamado a cuidar al poeta, enfermo de amor.
No es un bello oficio. No tienes posibilidad de salvarlo,
tampoco lo intentes. Sólo sostiene su designio.
Líbralo como al río que lleva la luz, sin regreso.
Déjalo fluir entre sueños tardíos, acaricia la mano
temblorosa.
Podrás imaginar trigales y caballos de la infancia,
trasbordos incesantes, avatares de la fe,
la canción que aún adormece a la princesa de hielo.
También conocerás el secreto del pequeño trono de
madera,
los tigres del estío, los viejos magos grabados en papel de
arroz.
Todo pertenece a ese hombre que te mira con ojos
cerrados.
Y tú, allí, aferrada a su hechizo, esperas despertar, ya sin
él.

a Nina Giardino

Enero

Bajo una llovizna persistente
en las calandrias y alamedas amanece.

Pisan la breve hierba de la muerte
tres poetas.

Uno, sincero y ácido como el vino pagano
bendice a los que luchan, elevados
del torpe mercadeo. Otro, deambula
por entre los deshechos, a la sombra
del árbol sin patria.

Y aún otro, ajeno al furor de eufemismos,
sin temor y sin dudas, va,
sostenido por la belleza.

Tres poetas que, sin prisa,
han cargado sus adargas y llevan
lo preciso. Uribe, Gelman, Pacheco.

Saben pero no dicen lo que dice la palabra.
No desean más que la gloria del silencio.

El viaje

El duende se desliza por las escaleras del morro
bajo el sordo desamparo de la noche.
De pronto encuentra la estación de autobuses
y rodeado de murciélagos aguarda la hora
cuando la lluvia vomita sobre la tierra.
Antes, lo vieron vaciar bolsos malolientes
en busca de un poema extraviado, alguna vez,
entre la ropa pegajosa de los pobres.
Aquí no hay nada -le dicen- sólo dolor disperso
en alcantarillas. ¿Sólo dolor? pregunta, moroso de frío.
¿Y cómo regreso a casa? ¿Cuál es la boletería?
El autobús, a punto de partir al país más profundo,
demora la marcha hasta que leven sus pequeños pasos.
Llega a sentarse en la última fila, donde el mar
ya no escucha a las gaviotas
y la tierra se transforma en un cielo azul, inefable.

a Ledo Ivo

El sueño

Nadie toca los libros que noche tras noche
conversan con él. A pura pasión
América lo llama, aún desamparada.
Maíz, tabaco, mandioca, yerba mate.
El sueño liberado emana del agua.
Azora las orillas de la piel,
rodea el cuerpo cansado, lo vuelve piedra.
¿Pero quién descifra el milagro de la tierra?

Un payé de Gambartes protege desde la tela.
El ventanal deja pasar la última luz.
En la gran sala el poeta se ha dormido.

a Rubén Vela

Blues del ausente

El poeta de ojos azules
no celebra el rito
de una nueva mañana.

Tal vez corra su velo
el braquiquito de Zavalla
y revele la ausencia.
Quizás el gorrión lo advierta,
presto a compartir con él
restos de soledad
esparcidos
junto al rubio borde del llano.

Nadie olvida partir
hacia el alma de las cosas,
abrazar sin demora lo bello.
Palabras sueltas al aire
como hojas secas,
escritas para quien no quiso
otro amanecer
y acurrucado reposa
en el fondo de una copa
vacía.

a Guillermo Ibañez

Calvero

A quién buscas, viejo arlequín.
La verdad huye delante de ti
y no podrás alcanzarla.

Tal vez una bella danzarina
encandile tu don
y elijas no pedir más,
sólo escuchar la música
que detiene la rueda del mundo.

Aunque nunca mueras y
mueras muchas veces
siempre estarás de regreso.

Nadie se va para siempre.
Tu sonrisa yace aquí,
un relámpago dentro de la tierra.

a Charles Chaplin

El golpe silencioso

El jinete cabalga la noche del verano ausente.
Un moro peruano husmea el camino,
avanza lento con paso de equilibrista ciego
entre lágrimas de plátanos dorados.
Gemidos de voces andariegas que nadie escucha.
El silencio apaga la última aureola de la calle
y no queda nada, sólo la vida fiera,
el barro del misterio, la sed de los cadáveres,
el grito fantasmal de la guitarra que cae
al abismo de una zamba sin memoria.

De pronto el zarpazo irreverente.
El moro se alza como humo
y estalla en un relincho.
El jinete abre los ojos adormilados
tras un rebujo de espuma negra.
La noche subestima su rumbo de odiseo,
el abrigo para una patria malquerida.

En la espesura brota el canto del grillo,
el temblor de los labios de la muerte.

a Jorge Cafrune

Li-Po en Dangtu

La canoa flota
entre luciérnagas ciegas.

La noche chispea al revés
en el reflejo del vino agrio.

Tiznado de pena
el pescador abraza la luna.

*Si deseo dos veces es amor:
Si amo dos veces es locura.*

El poeta extraña su canto
en el fondo del río.

Cartagena

Desando el último camino del crepúsculo.
Escucho tu voz entre las piedras.
Construye la arquitectura de otro mundo,
tal vez idéntico al que concibe la palabra,
no la existencia del hombre,
en una tumba cavada con puñales de viento.

Oh, Altazor ¿todavía imaginas el mundo
embujado de poesía y sin poetas?
¿aún persuades con belleza a la vida?

No te ocultes en la muerte. Levántate,
de adentro del olvido mira el mar.
Más allá, tras espigas de sol adormecidas,
Dios hace llover con sangre de tu corazón.

a Vicente Huidobro

Árboles del sur

Esa niña no sabe que los relámpagos flotan.
La noche huele a tabaco rancio
y aquellos árboles lloran junto al sonido del viento.

Tampoco repara en un camino entre los rieles
que separan la vida de la muerte.
Ni siquiera en el color de su piel esfumado
en la exuberancia de los cultivos.

La niña extiende sus manos sobre el teclado
y la música vuela. Por encima de la corona de rizos,
del propio asombro, de un dios atormentado,
la música vuela.
Más allá de cadáveres que columpian en la rama
cuando la necedad y el odio se visten de verdugos,
la música vuela.

Ella no puede verlos. Bach ha vendado sus ojos.

a Nina Simone, niña

Other woman

¿Quién se atreve a vivir sin miedo?
Lo preguntan tus ojos de humo
que desean prolongar la noche.

Embriagaste la oscuridad del mundo.
Verbo por verbo abriste pedregales.
Silencio tras silencio te derribaron.
El dolor acompañó sin prisa.
Y sigues allí. Sentada frente al piano
ruegas: *no quiero ser amada, sólo ser.*

Tu voz pudo más que la verdad.

a Nina Simone, mujer

Origen de un manjar

Una mujer mulata enlecha en vasija
el brebaje para aliviar los cuerpos.
La tosca cuchara se demora
y un extraño líquido oscuro
empavona las paredes de adobe.
La cocinera revisa con mirada errática
aquel extraño laberinto de almíbar.
Implora: ¿vale otra muerte este infortunio?
Don Juan Lavalle, de corazón y fe derrotado,
escudriña la causa del azaroso destino.
Y ese dulzor es el primer y último dulzor
para su muerte.

Llueve en Toay

Llueve en el pueblo donde rara vez ocurre.
Estoy sentado en un banco de la plaza,
frente a la iglesia de ángeles dormidos
con sus agujas que apuñalan el cielo.

La sombra de un pájaro en vuelo
esquiva la estocada del agua.
El viento sopla contra corvos caldenes
en el pueblo donde no se oye nada.

Imagino la casa, encendida.
Es como si estuviera viendo
donde la luz abriga su belleza.

En el patio de magnolias púrpuras
sigo el paso de las hormigas
por baldosas quebrantadas.
Bajo el alero, una niña goza
pasteles de membrillo y miel.

La foto demora la infancia,
evoca fragmentos de alegrías.
Es cuando irrumpe otra lluvia
dentro de sus ojos verdes
y anochece Toay en una página.

a Olga Orozco

El jardinero de Deia'

¿Quién puede ignorar el perfume del romero
que invade los rincones de la casa sin dueño?

Entre retamas y alcachofas
rastrea todavía aquella sombra fronteriza
del hombre que llegó del estrépito del norte.
Desde una ciudad sin conciencia,
luego de cruzar el abismo de la guerra.

La voz escabrosa busca su palabra irrevocable.
Alude a la diosa que trasciende la razón
el milagro del arte, la vastedad de la fe,
el naufragio de la historia circular.
Y regresa siendo héroe, oculto bajo la piel.

El jardín relumbra en la levedad del mito.
El romero purifica la mañana,
la tumba perdida sobre un altar,
la espada que perdura en la piedra,
la orilla rota de un mar que nunca olvida.

a Robert Graves

Regreso a Batman

He llegado a esta ciudad hundida bajo los soles del desierto.

Perdura vencida de fe, antes que la misma tierra expatriada.

El río es un pequeño cuenco empotrado en la rudeza del valle.

El viento un alarido perenne. La luna fuga, a veces, del espanto.

Aquí espero encontrarte noble poeta, envuelto en tus pasiones,
la barba sedienta de vino amable, la espada oculta en el tiempo.

Has cumplido la promesa de tributar tu rebeldía ante la barbarie.

Nadie es indiferente frente a una guerra sin honor y sin destino.

Batman ya no es tu infancia. Sólo padeces el dolor del poema

que anda entre las piedras, esquiva el cálculo de la metralla,

ofrenda el coraje de los pobres, sepulta el cadáver del hambre.

En cada mañana, cada tarde, cultivas las semillas de otro

exilio.

Hombres y mujeres van contigo, al acecho del cielo.
Sólo en la insobornable oscuridad, la noche los tienta a mirarse.

Verán la sangre de sus manos sujeta al carro de los indefensos.

Alcanzarán la orilla para ahogarse en la impía sed del espejismo.

Cavarán sus propias tumbas para luego profanarlas de olvido.

Ahora la lluvia habla por ti, la misma lluvia de la infancia corre hacia los trenes, embriagada del heroísmo de la inocencia.

El niño ha regresado con ella a la ciudad de los fantasmas.

Y tú sigues hasta el fondo del desierto, a domar el dolor de frente.

Es tiempo que el poeta descubra la angustia de ser un hombre.

a Adnan Özer

*Nada existe sin memoria.
El guijarro más chiquito recuerda.*

Christoph Janacs

Caballo de Vivoratá

Solo
en medio del pajonal
envuelto en bruma,
plantado como un álamo.

Solo
sin jinete en el lomo.
Ojos abiertos al horizonte,
centinelas de su propia sombra.

Solo
entre fango y vizcacheras,
hunde sus patas en el bañado
a la espera de una lluvia lerda.

Solo
en medio de la soledad
apaga el sol con un relincho.

Y hace desaparecer la tarde.

Herencia

Acaso sangre del norte,
agua, cerro, el color del lapacho,
tucu-tucus clamorosos
y la infancia desangelada.

El cándido Tafi con sus rieles oxidados.

Maldición de la zafra.

Acaso huesos rotos de patria doliente.
Mujeres que hablan detrás del silencio.
Desvelo de quienes sueñan otro destino.

Dios hurga rincones de la memoria,
siembra pasión y pena en sábanas y manteles.

Acaso nada se detiene. Acontece.

a los Durán

Un hombre sueña en Luyaba

Al alba amasa el pan de los pastores.
Recoge olivos y arándanos del valle.
Pule la piedra blanca de la orilla.
Sueña bajo la medida del algarrobo.

Tanto río precipita la sed de los cerros.
Tanto silencio afila las garras del puma.
Tanto cielo abre camino entre las nubes.

De tanto mirar sin tiempo las estrellas
ha perdido su propia huella en la tierra.

Tilcara

El duende anda suelto
derramando plegarias.

Sueña que labra la tierra
apacenta vicuñas,
esparce maíz,
huele la sangre seca
de los cardones.

El valle sacude
la cabellera de los siglos,
el viento enflaquece
las tapias de adobe,
el río hinca su puñal de agua
y vivifica las piedras.

La música trajina la noche.
Se tiende sobre la mesa
donde el duende besa
la copa agria del suplicio
hasta quedarse dormido
en los brazos rojos del alba.

Una tumba en Villa Giardino

Al costado de la pequeña capilla
una tumba distrae al forastero.

Aquí yace Anselma, muerta en 1799.

¿Esclava mulata, mestiza o criolla?
¿Acaso tiene color la libertad?

En la vida no abandonó a su amo.
Para conocer el sol eligió la lluvia.

Enigma tucumano

¿Qué es Escaba?

¿El modesto caserío disperso
entre rubios cardones?

¿El aroma del arrayán
que demora el paso del arriero?

¿La puerta de piedra que resiste
el empujón de los arroyos?

¿El relincho que resuena tardío
al fondo de los alcores?

¿El pescador que anuncia la lluvia,
el cazador que olvida la tregua?

¿La brisa que transmuta en rana
y toda la noche canta?

¿El espejo que mece la luna?

¿Una isla sin nombre y sin tiempo?

¿La vieja iglesia que salvaguarda
el misal de los murciélagos?

Cola de fuego

Una, dos, tres veces.
Latigazos a la tierra baldía.

Una vez,
estrépito de pájaros azules.

Otra vez,
danza de fuegos y ánimas.

Y otra,
antiguo cendal a contraviento.

Sucede en Loreto,
cuando la virgen desnuda al diablo.

a Julio Salgado

Talampaya

Camino detrás del silencio.
Los pasos son cortos, pesados.
En medio de una naturaleza extraña, inmóvil,
el sol cobija mi desamparo.
No intuyo el rumbo. Todo es turbio.
Levanto una piedra, se deshace en mis manos.
Sorbo un trago de agua, se vuelve sal en la boca.
Siento que la vida se extingue, que no hay futuro.
Recuerdo a mi madre, el vaticinio de aquella pitonisa.
El milagro está sujeto a los pies.
Ahora entiendo. Lo único que me salva es el camino.
Ir siempre por él, a contraviento de la adversidad.
Algún día llegaré a la ciudad que no existe.

Cuevas de Artá

Enciendo sin prisa la antorcha del asombro.
Bajo un cielo fragante ondulan mis andares
entre inciertos pasillos subterráneos.
Agujas de hielo punzan de arriba hacia abajo,
otras se alzan hacia la cima de lo indecible.

Quisiera mirar el otro lado de la piedra,
ver lo que habita más allá de la oscuridad.

Aislada del fuego, de la efímera sugestión,
se revela la mueca de lo esencial
en los briosos acordes del Carmina Burana.
Como un diávolo busco esfumarme
por los afilados dientes de sal.
No hay espacio ni rastro para el tiempo.
Sólo la sombra fugitiva permanece,
cerca del pasado, lejos del futuro.

La belleza no cabe en el sonido ni en la palabra.

Campos de Marchena

A las tres de la tarde un tren se detiene
bajo el dominio de la primavera.
El viento arde en las ramas de los olivos.
Pájaros vuelan hacia el sol.
El silencio roe la tierra, los nudos de alfalfa,
los resquebrajados pliegos de sembradío.

Con sus penachos de oro, ebrios de luz,
a orilla de los rieles columpian los girasoles.
Esplendentes, rectos, dueños de la inmensidad.

Desde la ventana del tren adormecido
merodeo por pretéritas distancias
donde pueblos orlados de raza gitana
rehuyeron a las cimitarras árabes,
al grial de los monarcas, al fulgor del templo.

Y quedaron asidos a un cielo de luna llena,
al acento desolado de una guitarra
que sangra en la tumba abierta del poeta.

El tren zarandea hasta retomar la marcha.
Los rieles suenan como añejos fusiles libertarios.

La tierra memoriosa estalla bajo el sol andaluz.
Los girasoles abren sus ojos a las tres de la tarde.

Otoño provinciano

El hombre restriega manos de azúcar,
madruga en el galope del rocío.
Las garzas vuelan al revés del sol.
Perdigones persiguen al viento.
Trigales dominan la estoica vastedad.
Ropa tendida entre pasmadas gallinas.

La mujer ilumina las estrellas de agua
con el ansia que sube por hilos de oro.
Mareo de juncos aferrados a la orilla.
Canto ardido de coyuyos en el sauce.
Calles de arena, la siesta mansa.
Y el aroma de naranjos.

Tejen el lienzo del querer,
despliegan el mantel de los frutos sagrados.
Saben que no basta recordar la infancia,
colmar de lágrimas la copa de los muertos.
Sólo beben el áspero vino rutinario
y acarician los hijos con pétalos de rosa.

Hombre y mujer flotan en cielo memorioso.
Para ellos es regocijo cerrar los párpados,
sentir cómo duele la vida y quedar callados
con el gusto del abrazo que anima el otoño.

Juntos franquean la página en blanco
en la misma nube del destino.

a Ana y Rubén

Sán Francisco del Monte de Oro

La luna muda de un cerro a otro.
El valle aroma los silencios,
enfebrecer lo que hay de vida
y lo que hay de muerte.

Intento cerrar los ojos,
repatriar el tiempo oscuro
de la tierra brava
y la insepulta ignorancia.

Una techumbre de estrellas
guarneece las turbias paredes
del rancho que rehúsa el olvido.

Dentro, el aula inconclusa
palpa el trazo del niño maestro
sobre calladas láminas de piedra.

Retales de La Forestal

La tarde ciñe corona de taninos
sobre la frente del monte devastado.

Un rincón del infierno sobrevive
al duro golpe del hacha.

Obraje atrapado por el simulacro
de la fortuna, oficinistas de ultramar
encadenados a cuadernos y balances.
Todo suma a favor del quebracho.

De aquella urdimbre de músculos
quedan nombres grabados en mármol,
calles esponjadas, casas sin dueño,
silencio enfundado en nubes de polvo.

Son viejos soles, viejos ardores.
Y la alta chimenea que gobierna el tiempo,
nunca el olvido, en Villa Ana.

Larrechea

¿Quién fue el primer hombre en medio de la inmensidad,
la mujer que purificó sus manos en el aire leve de la
tarde?

Habrà que hurgar en la historia,
en la fatiga de los arados, el lento carro que aún repica,
la huella extraviada al borde de la frontera,
el alboroto de perdices y la majestad oculta del caballo.

¿Dónde ocurrió? ¿Sabrá el rosario que cuelga del
oráculo?

¿la siembra en vigilia? ¿el pan que alumbra la pobreza?

¿la comadreja escondida en el maizal?

¿la rama que persigue su propia sombra?

¿aquel hombre que quiso ser ofrenda de fe,

aquella mujer dispuesta a procrear en tierra virgen?

El pueblo ayuna en la gran mesa.

Lejos de su origen, cada parroquiano espera
el instante supremo de atar del mismo carro
fuerza, voluntad, angustia y sueños.

¿La fuerza descansa en los brazos del tala?
¿La voluntad en el santuario de los horneros?
¿La angustia en la lluvia rubia y el tabaco acre?
¿Los sueños en el presagio de los difuntos?

El verano corre bajo el sol,
va y viene del estanque a la sed,
cruza el patio de malvones
asciende por el cordel de ropa tendida
y escupe su fuego sobre el forraje.

Nadie oye la voz desvanecida del tiempo.
En el secreto de viejas tumbas arde.

Romance trunco

Bajo los cerros azules
hallé sobre el cauce seco
del río Medina del Tucumán
los versos de un adolescente
que prometía suicidarse de amor.
Esa voz
que retumba todavía en el pedregal,
en el viento desconsolado,
ha perdido la muerte en el poema,
y no regresa,
ya no regresa.

Gigante tropical

Ah Pirarucú, cómo brillas
en los pliegues del trópico
y en el cuchillo invencible
que sólo quiere desollarte.

Yanomamis, ticunas, korubos,
arco y flechas ofrendan a los dioses.
Bajan a la hoguera de la selva
por la carne blanca que tienta
entre plátanos, yucas y malangas.

La Amazonía concede al ancho río
aromas, colores, estremecimiento.

Las orillas aturdidas de pájaros
y el agua mansa se vuelve garra
al paso del pescador que te busca
mientras tú, gran pez,
dormitas sobre el barro
al fondo de la eterna oscuridad.
Noble, sagrado.

a María Casiraghi y Leopoldo Castilla

Instantánea

La pequeña barca
ondula en el crepúsculo
mientras el sol adormece
detrás de las olas más lejanas.

¿Podré contemplar el infinito
cuando noche y día eclipsan
en la mansedumbre de la espuma?

Las estrellas de Buzios
ahora titilan sobre la barca.
Cierro los ojos.
Vislumbro desde adentro
la hermosura de lo inesperado.

Atoya

Arriba, solitaria, circula la bahía con tenue aleteo.
Aparenta una estrella sombreada en el aire.
De pronto sus alas se vuelven espadas,
lanzándose contra la ola en busca de su presa.
Luego sube, sube, vuela esplendorosa,
hasta transformarse otra vez en estrella
donde mar y cielo pincelan un mismo azul.

a Graciela Zanini

Playa Negra

Catapultada de sal,
torpe y ciega vuela
la ola hacia la muerte.

En la orilla suelta su ira,
remonta fugaz
los peldaños de arena.

Una parábola de rocas
deja oír a destiempo
la voz oculta del océano.

De un brinco a otro
las gaviotas regresan
tras la huella del agua.

El crepúsculo se esfuma
al fondo de la niebla.
Ya nadie podrá hallarlo.

El perro de Poissant

Camino en soledad por la escollera.
Anclan en el mar nubes de aguacero.
Me refugio en la penumbra de un bar.
Frente a la ventana una pátina de sol
destella bajo el cielo de los animales.
Comienzo a leer un relato de Poissant.

Y recuerdo:

Pirulo, barbincho acosador de pequinesas.
Didí, menudo arlequín del sueño trunco.
Corbatta, terco y gruñón. El dócil Chichín.
Tea, una doberman glotona y saltarina.
Y Aretha, temblorosa entre mis brazos.

Fueron mis perros. Ladran todavía.
Mientras, en la página del libro,
otro perro incrusta su último mordisco.

El mozo retira la taza. Mira con asombro.
¿Le pasa algo señor? No, estoy bien.
Sólo es otra herida piadosa de la escritura.

ÍNDICE

Prólogo.....	3
--------------	---

***Nado con las dos manos amarradas.* José Lezama Lima**

La culpa.....	11
Otro camino.....	12
Presagio del guerrero.....	13
Hechicería	14
La vuelta	15
El profeta	16
Mi Otro	17
Simulacro	18
Bárbaros.....	19
Estado de ánimo	20
Pro et contra	21
Lo incierto.....	22
Voy con ella.....	23
Identidad	24
Por ti.....	25

Ya no sé si me voy o si un mundo me deja. Amelia Biagioni

La misión	29
Enero	30
El viaje	31
El sueño	32
Blues del ausente	33
Calvero	34
El golpe silencioso	35
Li-Po en Dangtu	36
Cartagena	37
Árboles del sur	38
Other woman	39
Origen de un manjar	40
Llueve en Toay	41
El jardinero de Deiá	42
Regreso a Batman	43

***Nada existe sin memoria. El guijarro más chiquito
recuerda. Christoph Janacs***

Caballo de Vivoratá	47
Herencia	48
Un hombre sueña en Luyaba	49
Tilcara	50

Una tumba en Villa Giardino	51
Enigma tucumano	52
Cola de fuego	53
Talampaya	54
Cuevas de Artá	55
Campos de Marchena	56
Otoño provinciano.....	57
San Francisco del Monte de Oro	59
Retales de La Forestal.....	60
Larrechea	61
Romance trunco	63
Gigante tropical	64
Instantánea	65
Atova	66
Playa negra	67
El perro de Poissant.....	68

